

PURIM

Una historia de tragos
amargos y final feliz

Autor del Proyecto:
Rabino Marcelo Polakoff



Este proyecto fue producido por JCCenters.org



PURIM

Una historia de tragos amargos y final feliz



ILUSTRACIONES: IRENE RIDILENIR

Cuando Noé empezó a plantar, vino Satán y le dijo “¿Qué plantas?”

Le contestó Noé: “Una viña”

Satán replicó: “¿Y para qué sirve?”

Noé dijo: “Sus frutos son dulces, tanto frescos como secos, y de ellos se hace el vino que alegra el corazón.”

Satán le dijo: “¿Quieres que plantemos juntos tú y yo?”

Noé le dijo: “Sí.” ¿Y qué hizo Satán? Trajo una oveja y la degolló sobre la vid; después trajo un león y lo degolló sobre la vid; luego trajo un mono y lo degolló sobre la vid; después trajo un cerdo y lo degolló sobre la vid y derramó su sangre con la que manchó la viña.

Por eso, cuando el hombre bebe un sólo vaso se vuelve como una oveja, tranquila y humilde. Cuando bebe dos vasos enseguida se cree fuerte como un león y empieza a hablar en voz alta y decir: “Soy el mejor.”

Cuando bebe tres o cuatro vasos enseguida se comporta como un mono: se levanta, baila y se ríe. Habla pretenciosamente sobre cualquier cosa y no sabe lo que hace. Una vez borracho se comporta como un cerdo, se revuelca por el lodo y hurga en las basuras.

(Tanjuma, Noaj)

A no confundirse.

Hemos traído a Noé para que nos ayude a comprender **Purim**. Después de todo, entre las tantas cosas que hemos aprendido como pueblo de Israel, una de las más importantes fue la de sobrevivir a las tragedias. Y Noé indudablemente ha sido el precursor de todos los sobrevivientes. Y si de tragedias (¿o comedias?) hablamos, la festividad de Purim es precisamente la más adecuada.

Tampoco hay que asustarse.

Satán, cuya traducción literal es “obstáculo”, tiene varios siglos de presencia en las fuentes judías. Pero despojado absolutamente de todo lo “satánico” que fue lenta y pacientemente cosechando fuera de la tradición hebrea. Es apenas una figura mítica celestial, parte de la corte angelical que asiste a Dios en su gestión divina, y al que se le otorgan trabajos muy especiales. En este caso, el de enseñarnos a medir nuestras copas. Una lección imprescindible en **Purim**.

Empecemos entonces...

LA OVEJA: el tío Mordejai

Yo sé que me conocen, pero de todas formas permítanme una presentación un poco más formal. Aunque haya nacido en un hogar judío, mi nombre “Mordejai” es de origen babilónico, y está estrechamente ligado al nombre del dios Marduk, un ídolo bastante popular por estas épocas en toda la región babilónica.

Soy descendiente de la tribu de Benjamín, por eso me dicen “ish iemini”, y mi familia fue expulsada de su tierra hacia el exilio ya desde la época de Nabucodonosor. Entre mis ancestros se encuentra Kish, nada menos que el padre del primer rey de Israel, el rey Saúl. Bien sabrán que Saúl había tenido una encarnizada batalla contra el pueblo de Amalek y su rey Agag, por lo que no es muy casual que esa lucha se reedite constantemente desde la misma salida de Egipto hasta mis propios días, ya que Hamán es descendiente directo de Agag y Amalek. Ya volveremos a ellos...

Me toca a mí refrescarles la historia de **Purim** en un par de líneas. Tampoco vale la pena invertir más tiempo en esto, ya que el relato es parte del best seller menos comprendido del planeta: la Biblia. Por ende no abundaremos en detalles de lo que ya saben.



Podría resumirles el relato así:

Un malvado primer ministro persa (¿tal vez antecesor de Saddam?) decide echar a suerte el día en que aniquilará al pueblo judío. En menos de 24 horas consigue la aprobación del Rey Ajashverosh, monarca del imperio más poderoso del momento. A los pocos días, no sólo fracasa el plan, sino que Hamán es colgado y su enemigo público número uno (o sea yo) es colocado en su lugar. Y todo gracias a una serie de enredos fundamentalmente femeninos, en los que se mezcla la belleza de mi sobrina Ester, la traición, los complots, los banquetes y el vino.

Y ya estamos otra vez con el vino. Donde empezamos. En realidad mi nombre, Mordejai, sugieren nuestros sabios con un dejo de su mejor imaginación, proviene de la mezcla de dos palabras arameas: “mira” y “dajia”, que implican una especia que solamente da su fragancia cuando se la procesa, se la machaca y se la deshace.

Dicen que lo mismo sucede con mi personaje en la meguilá, porque a pesar de un inicio complicado, termina con su mejor aroma. Y con la uva también, a fin de que se convierta en vino.

No olvidemos que de hecho los problemas comienzan con mi negativa a arrodillarme ante Hamán. Y con la consecuente bien aprendida ecuación antisemita mediante la cuál cualquier conducta individual de un judío que sea interpretada como ofensiva para cualquier persona con cierto poder será utilizada como justificativo para castigar (y/o eliminar) al pueblo judío todo. Dicho y hecho.

Pero sepan que no es que no me arrodillé por atrevido u orgulloso. Lo hice desde mi más profunda humildad. Por eso me alegra que cuando se tradujo al griego este libro en la Septuaginta, alguien se haya ocupado de agregarle algunas líneas en las que se describen mis sensaciones más íntimas (también las de Ester). Allí introdujeron mi plegaria textualmente:

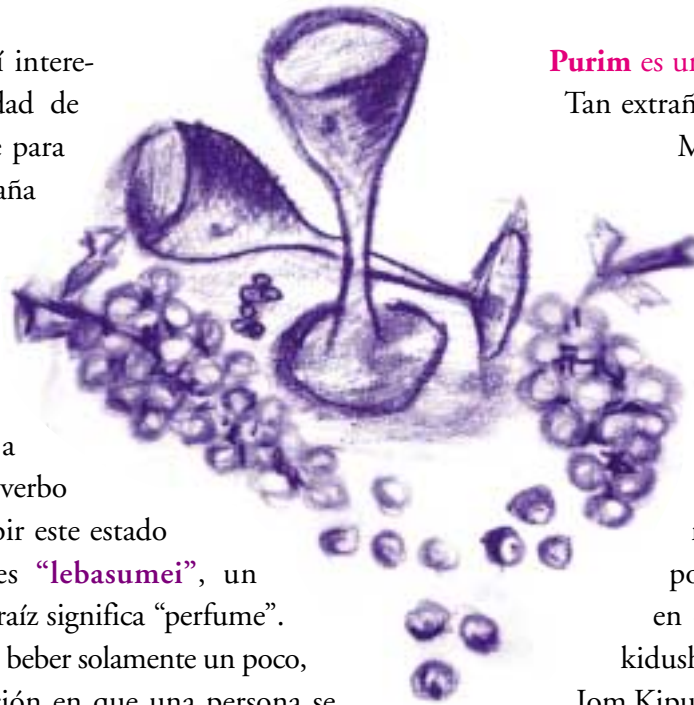
“Es claro y conocido ante el trono de tu gloria, Señor de todo el mundo, que no ha sido ni por insolencia ni por arrogancia por lo que no me he prosternado ante este amalequita de Hamán, sino que Tu temor me ha dado aliento para no prosternarme ante él, porque Te temo, Señor del Universo. Me he negado a hacerlo para no anteponer Tu gloria a la de los hombres y no me prosternaré ante nadie excepto Tú pues quién soy yo para no prosternarme delante de Hamán. Por salvar a Israel aceptaría besarle la planta de los pies y el polvo que lleva.”

Por eso no me molesta que aquí me comparen con una oveja. Porque tiene que ver con la humildad y la tranquilidad con la que tuve que ir aceptando los acontecimientos, sabiendo que en última instancia la ayuda, como dije en la megilá (4:14), vendría de algún “lugar”.



Y con el vino se empieza con una copa, siendo una oveja. Ya escucharon a Satán. Y se los comento porque recordarán muy bien que recogiendo una cita talmúdica del tratado que evidentemente versa sobre la festividad de **Purim** (Masejet Meguilá 7b), el Shulján Aruj (código de leyes judías compilado por el Rabi Iosef Caro en el siglo XVI) legisló que en **Purim** estamos obligados a beber vino hasta no poder diferenciar entre el maldito de Hamán y el bendito de Mordejai (Oraj Jaim 695:2).

La propuesta es en sí interesante. Pero la cantidad de tragos que se requiere para cumplir con esta extraña mitzvá ha sido materia de varias páginas y generaciones rabínicas. Es que el límite es muy difuso: en esa mismísima página del Talmud el verbo utilizado para describir este estado de “intoxicación” es “lebasumei”, un vocablo hebreo cuya raíz significa “perfume”. Es como si se sugiriera beber solamente un poco, en la misma proporción en que una persona se perfuma. Sin embargo, un par de renglones más adelante se nos relata que Rabah se emborrachó tanto que asesinó a Rabbi Zeira. Es claro que a veces no necesariamente hay que tomar las palabras del texto talmúdico en un sentido tan literal, y tal



vez sea más prudente entender la figura rabínica de la distinción entre el bien y el mal a la manera de Abudraham. Este jajam aseveraba que debido a que en hebreo las frases “**maldito Hamán**” (arur Hamán) y “**bendito Mordejai**” (baruj Mordejai) tienen el mismo valor numérico si sumamos bajo la técnica de la guematria el valor de cada una de sus letras, evidentemente el nivel de alcohol debiera sobrepasar tan sólo un poco la capacidad de una persona de hacer semejante suma, que asciende a 502.

Purim es una festividad extraña.

Tan extraña que hasta Menajem Mendel MiKotzk, el Kotzker Rebbe, decía que durante un banquete de **Purim** se puede trascender más que en la Neilá de Kipur.

Por algo será que el Zohar, la obra cumbre de la mística judía, nos recuerda que justamente el día que es el antónimo por excelencia de **Purim**, el día en donde no hay ni banquete ni kidush, ni risa ni disfraz, -el día de Iom Kipur- es originalmente llamado en la Torá “**Iom HaKipurim**”. ¿Por qué? Porque es “**ki Purim**”, vale decir “**como Purim**”, casi como **Purim**, pero no **Purim**.

Será necesario subir un escalón para empezar a comprenderlo...

LA LEONA: la Reina Ester

Estamos escalando en alegría y en copas, pero al borde de caer en desgracia.

Otra vez el límite delgado, la cornisa letal por donde se conduce la historia de la meguilá, y también la humana.

Y corresponde entonces encontrarnos con la heroína del relato, la “reina de la selva”. La que arriesga su propia vida por sus cachorros (su pueblo) y dice sin dudar “...si tengo que morir, moriré” (4:16).

La que concentra en su nombre gran parte de lo profundo de la fiesta: Ester.

Un nombre que también tiene origen babilónico, atado al de la diosa Ishtar, la imagen del erotismo en el Cercano Oriente. Una tradición que seguramente recogió el Talmud al afirmar que Ester era una de las cuatro mujeres más bellas del mundo (si quieren saber quiénes eran las otras tres, hay que fijarse en Meguilá 15a).

Sin embargo, su nombre hebraizado denota por su raíz aquello que está oculto, que yace escondido, que está sombreado y oscurecido, tal vez

esperando ser descubierto. Coincidencia no será entonces que la palabra “meguilá” que significa “rollo” en cuanto a la manera de escribirse éste y otros libros, también tenga la raíz hebrea de “descubrir”, de “revelar”. Por lo que “Meguilat Ester” ya no solamente implica “El Rollo de Ester”, sino que también puede ser leído y traducido como “La Revelación de lo Oculto”.

Esta sola mención merecería una copa. Pero recién estamos en la segunda (como ven ya estamos preparando el terreno para Pesaj). Dejemos pues, paso a la Reina.

¿Cómo entro yo, Ester, en esta historia?

Fundamentalmente gracias a Vashti, la esposa que el Rey Ajashverosh había nombrado reina de su selva (¡y vaya si ese reino y esa corte no era una selva!).

El problema fue que al rey se le ocurrió que durante uno de sus ya famosos banquetes, su esposa hiciera una aparición triunfal portando su corona real. En realidad, ése no fue el problema. El problema fue que Vashti se negó.

La picardía de nuestros exegetas del midrash Yalkut Shimoni explica cuál fue el origen de tamaño desaire femenino: pareciera ser que la orden fue que Vashti tendría que desfilarse en público usando solamente la corona, y por debajo de ella ¡nada!. En su lugar, también me habría negado.





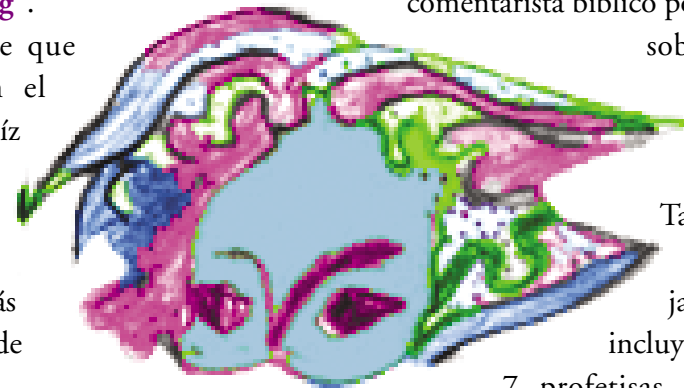
Lo que sucedió a posteriori ya lo saben: el concurso de Miss Persia y la consabida recomendación de mi tío para que no revelara mi origen, y la consagración de Hamán como primer ministro con su enfrentamiento primero personal con Mordejai y luego total contra mi pueblo, más el **“happy ending”**.

Lo que no estoy seguro de que sepan es que también en el nombre de Vashti está la raíz hebrea de **“lishtot”**, el verbo que no casualmente significa **“tomar, beber”**.

Bebamos ahora un poco más de las aguas de la sabiduría de nuestro pueblo.

En el mismo Talmud (**Julin 139b**) se cuestionan acerca de una mención bíblica que preanuncie lo acontecido en **Purim**, o que sugiera mi propia presencia en forma taxativa. Y rastreando en el texto de la Torá a manera de detectives encuentran el versículo 18 del capítulo 31 del libro de Deuteronomio o Devarim.

¿Qué dice allí? **“Esconder, esconderé Mi Rostro”**, como una forma divina de decir que Dios no se preocupará (al menos explícitamente) por la suerte de su pueblo. De paso subrayen la palabra **“suerte”**



pues nos ocuparemos bastante de ella. Claro que el contexto tiene que ver con una revelación a Moshé en la que se le advierte que debido a las futuras transgresiones del propio pueblo de Israel, habrá una parcial retirada celestial de la historia humana. Fíjense que si leemos el pasuk (versículo) en hebreo nos toparemos con las palabras **“Aster astir et panai”**. ¿Escucharon? **“Aster astir”**. ¡Ese es mi nombre! ¡Más aún cuando la Torá se escribe sin vocales!. El que lo notó de inmediato fue Rashi, el comentarista bíblico por excelencia, y explicó

sobre este versículo que dicho ocultamiento se vería **“en los días de Ester”**.

Tal vez fue también por esta razón que los jajamim me terminaron incluyendo en la lista de las

7 profetisas registradas en Israel (**Meguilá 14a**). Debo confesarles que este nombramiento me agradó mucho más, ya que la belleza por sí sola es bastante efímera.

Otra cosa que me también me enorgullece es haber tomado parte en la creación de las mitzvot de esta fiesta, que considero oportuno que ahora y juntos las repasemos.

¿Recuerdan que a fin de evitar que se llevara a cabo el decreto de destrucción de nuestro pueblo, pedí a todos los judíos que ayunaran (**Ester 4:16**)? Pues



esta es la base del “**Taanit Ester**” o “**Ayuno de Ester**” que se realiza desde el amanecer hasta el atardecer del día 13 de Adar, previo al inicio de los festejos de **Purim**.

Si se fijan en el versículo 22 del capítulo 9, allí encontrarán escrito: “... de tristeza se cambió en alegría, y de duelo en día de fiesta, se les ordenó que lo celebrasen con días de banquete y de regocijo, y para enviar porciones, cada uno a su vecino, y regalos a los necesitados.”

Aquí, concentradas en un solo versículo, se hallan tres de las cuatro mitzvot centrales de **Purim**.

En primer lugar aparece la idea del banquete. Eso sí, no a la manera de Ajashverosh y su corte, sino de forma tal de reparar simbólicamente semejantes festines. Por eso esta mitzvá (precepto) de tener dos seudot (comidas festivas) , a la noche y al mediodía, se ve complementada por los otros dos preceptos.

El siguiente se llama en hebreo “**mishloaj manot**”, e implica el envío de porciones de alimentos a vecinos, amigos y/o familiares. Suele prepararse una canastita con dos

o más golosinas o alimentos listos para consumir, que ayudan a que la alegría por la salvación sea compartida.

Los regalos a los necesitados, o “**matanot laevionim**” responden a la idea de que no hay festejo completo si todos no pueden festejar. Es por esto que en **Purim** también se da dinero en tzedaká como mínimo a dos personas, para no aislarse del resto de la sociedad, especialmente de los más necesitados, en los momentos de las celebraciones y del regocijo.

La mitzvá que nos falta es justamente la que nos comanda a escuchar la lectura de la meguilá de Ester tanto por la noche como por la mañana, preferentemente de un pergamino escrito a mano por un escriba. En realidad este precepto también está sugerido en el final de la misma meguilá cuando dice que todo lo acontecido se escribió en un libro y además se nos pide recordar y festejar estos sucesos a lo largo de las generaciones.

El ruido y los disfraces ya no son materia que a mí me correspondan, así que otros se ocuparán de ello.

¡Purim Sameaj!



EL MONO: el Rey Ajashverosh

“Cuando bebe tres o cuatro vasos enseguida se comporta como un mono: se levanta, baila y se ríe. Habla pretenciosamente sobre cualquier cosa y no sabe lo que hace.”

Así decía el midrash Tanjuma. Y seguramente es un fiel retrato del rey de Persia y Media que gobernó a ciento veintisiete provincias y estados, desde la India hasta Etiopía.

A este caprichoso y dócil monarca se lo retrata como incapaz de tomar decisiones por sí mismo, o sin la permanente colaboración de sus asesores. Era conocido como Ksajarsa en persa y en griego como Xerxes. Las traducciones al español lo denominan Asuero. Su fama de ostentación y gastos desmesurados, de derroches y lujos excesivos, de alcohol y festines, le agregaban a su mandato dictatorial un contenido más jugoso, ya que las decisiones fundamentales del reino eran tomadas en un ambiente informal, desordenado e irresponsable, bajo la total influencia de la ilimitada bebida.

Si los historiadores no se equivocan, estamos hablando del hijo de Darío I que gobernó alrededor de 20 años entre 486-465 a.e.c., pues muchos de los hechos de su biografía concuerdan con lo

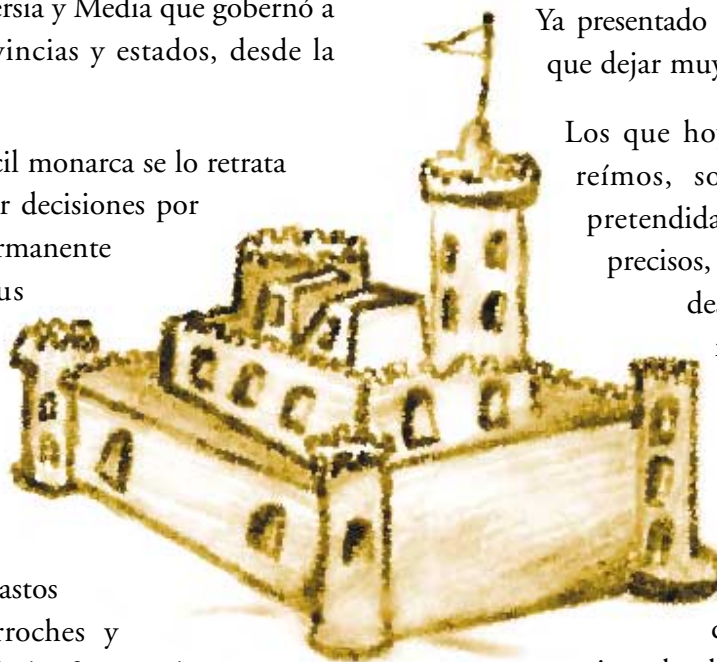
relatado en la Meguilá. Entre otros, la construcción de un enorme palacio en Shushán, el gobierno sobre 127 satrapías, su popular gusto por los banquetes que organizaba y la generosidad de los regalos que otorgaba casi sin medida.

Ya presentado el monarca, tenemos algo que dejar muy en claro.

Los que hoy finalmente bailamos y reímos, somos sencillamente sus pretendidas víctimas, o para ser más precisos, las víctimas de su notable desinterés y apatía, características demasiado repetidas en muchísimos gobernantes, más allá de épocas y latitudes.

Esta capacidad innata de algunos poderosos de querer imitar el

ejemplo de aquel rey también dio lugar a la creación de pequeños y variados **Purim** locales, cuando los intentos quedaron tan sólo en eso: intentos, y hubo salvación para la población judía. Hay numerosos ejemplos, pero a modo de destacar algunos podemos mencionar el caso del **Purim** de Castilla de 1339 frente al “**Hamán**” Gonzales Martínez o el de Ditto de 1705 frente a Khalil Pasha. Otros “**purim**” conmemoran la muerte de agitadores antisemitas como Fettmilch (en Frankfurt, 1616) o Aginsky (Ritova, Lituania, 1863).





Es como dice un viejísimo dicho popular ídish: “**Purim iz kain iontev nit**”, es decir “**Purim no es una festividad**”, en el sentido tradicional de un día sagrado. Es que hay un clima que en cierta forma remite al palacio real de Ajashverosh, pero de manera tal que se trata de un juego o una comedia, y no de la realidad.

De aquí el disfraz, una costumbre que aunque probablemente responde a la época medieval y al contacto con los carnavales italianos, tiene su ancla en el par conceptual “**esconder-revelar**”.

Hay como una intencionalidad explícita de demostrar que lo que se ve a simple vista no es necesariamente la realidad, ya que el disfraz o la máscara, al menos parcial y temporariamente, no permite descubrir la verdadera personalidad de quien lo porta. Algo que en la meguilá queda estrepitosamente sellado al no figurar en ningún versículo el nombre de Dios, lo que es absolutamente inusual para cualquier texto bíblico.

Esta sorna a la que se llegaba y se llega en **Purim** también produjo malestar en diversos

vecinos que, a su modo, buscaron destronar a esta fiesta de su alegría.

La misma iglesia cristiana no aceptó hasta el año 397 al libro de Ester como parte de su canon bíblico. En realidad solamente fue incluido después de hacerle varios retoques y agregados que suavizaran la situación (como la tefilá de Mordejai que extractamos más arriba). De cualquier manera, tampoco persistió el acuerdo, ya que Martin Lutero (el mismo que llamaba a incendiar las sinagogas con los judíos dentro) opinaba que este texto le resultaba hostil, porque “**es demasiado judaizante y tiene mucha perversión por parte de los gentiles**”.

Este ejercicio de censura a **Purim** se repitió a lo largo de varias ciudades europeas durante varios siglos, aunque tal vez lo más sorprendente en este aspecto es que llegó incluso a afectar a parte de nuestro propio pueblo. Desde 1790 en Alemania, hasta 1938 cuando Schalom ben Chorin, un prominente líder del movimiento reformista, propuso directamente eliminar a **Purim** y a la Meguilá del calendario y del canon hebreo, hubo algunos otros intentos (por suerte siempre minoritarios) para dosificar o suavizar el “**chauvinismo judío**”.

Ajashverosh evidentemente nunca estuvo solo en sus monerías.

Nos queda ahora el trago final. ¿Será el amargo?

EL CERDO: Hamán el malvado

¿No le queda bien el apelativo de “cerdo”?

Convengamos en que es ofensivo, pero por otra parte es también merecido.

Ya se lo avisó Satán a Noé: a esta altura, bien borracho, uno es como un cerdo porque “se revuelca por el lodo y hurga en las basuras”. Lo que nos queda por develar es cuáles son esos barros y esos desechos, y dónde es que se encuentran.

Empecemos diciendo que gracias a Hamán “Purim” se llama “Purim”.

Es que la palabra “pur” o “puru” aparentemente es de origen persa o acadio, y significa “suerte”, pues fue a través del azar (ya quedó claro que hay muy poco de ello en la meguilá) que eligió la fecha que le propuso al rey para eliminar a ese pueblo molesto del que era parte Mordejai.

Como probablemente se usaban arcillas rotas dentro de una urna para definir los resultados, tal vez el término hebreo “perur” que denota un



trozo pequeño y roto de algo (como una piedra o una vasija) viene unido a esta antiquísima práctica. Incluso los griegos utilizaban un método parecido con sus llamados “ostracones”, o sea los nombres escritos en pedacitos de arcilla que al ser elegidos serían justamente condenados al “ostracismo”.

Pero si volvemos a Hamán es difícil imaginarse que aquel sorteo no estuviera previamente arreglado para que la fecha cayera en un momento oportuno. Y parece ser que los persas tenían alrededor de la época del mes de Adar una fiesta pagana llamada “Anahita” (otros afirman que esa fiesta era “Pravadigan”), lo que conformaba un escenario ideal para incitar al odio antijudío.

Sea como fuere, y siendo Hamán como hemos dicho descendiente directo de Amalek, que se

constituyó en la misma salida de Egipto como el enemigo arquetípico del pueblo de Israel, no es de extrañar que en la Torá se nos ordene directamente borrar su memoria (Devarim 25:19).



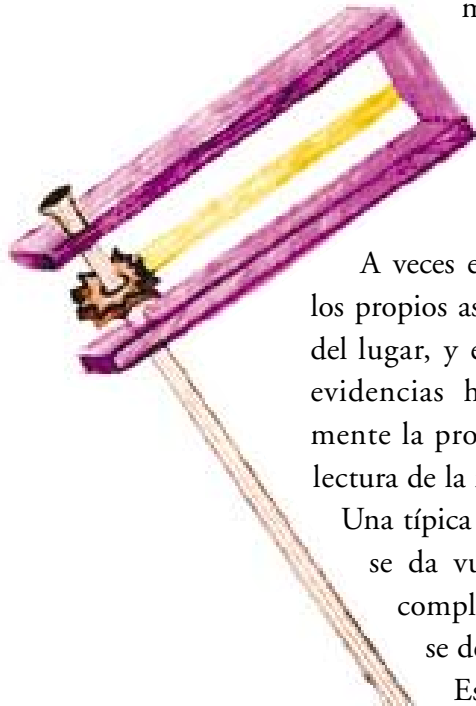
He aquí entonces el origen de la matraca, o el “raashán” (lo que hace ruido), que inevitablemente acompaña la lectura de la meguilá para



activarse las 55 veces en que es mencionado el nombre del malvado de la historia.

Sin embargo, es interesante conocer que esta costumbre no fue la única que se utilizó a fin de concretizar aquel versículo del Deuteronomio. Estaban los que escribían el nombre de Hamán en dos pedazos de piedra y los golpeaban y frotaban entre sí hasta que desapareciera. Otros lo escribían en las suelas de sus zapatos y pisaban hasta que no quedara huella. Había quienes aplaudían para no dejar que se escuche su nombre y quienes usaban un martillo especialmente decorado para la ocasión, y probablemente de aquí surgió posteriormente la matraca. Es más,

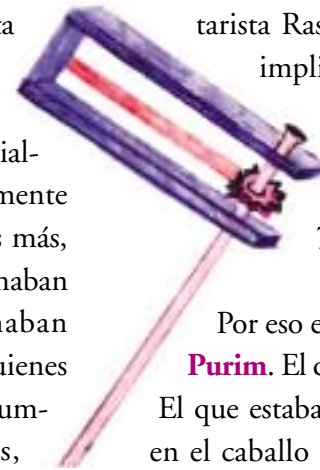
hubo comunidades enteras que armaban muñecos de Hamán y los quemaban en una hoguera, y también quienes lo crucificaban. Ambas costumbres, por razones obvias, quedaron en desuso.



A veces el ruido era demasiado molesto para los propios asistentes, y otras para las autoridades del lugar, y en ambas situaciones encontramos evidencias históricas que certifican paradójicamente la prohibición de hacer ruido durante la lectura de la meguilá.

Una típica característica de **Purim**, donde todo se da vuelta de una forma intempestiva y completa, como si de pronto todo el vino se derramase.

Es que también en esto reside lo más



profundo de **Purim**. Por eso no es nada casual que como dice el Talmud: “**Cuando el vino entra, el secreto sale**” (**Eruvin 65a**). Es que lo que a uno lo puede convertir en un cerdo borracho, es lo mismo que lo puede convertir en fuente de conocimiento, y tal vez por ello en la guematria la palabra “**iain**” (vino) equivale al número 70, el mismo valor que la palabra “**sod**” que significa “**secreto**”. El comentarista Rashi llega a decir que esta última cita implica que aquel que pueda tomar vino y a la vez guardar un secreto es considerado tan capaz como para formar parte del Sanedrín (concejo) de los 70 ancianos.

Por eso está todo “**revocado**” o dado vuelta en **Purim**. El que prepara la horca termina ahorcado. El que estaba por ser ahorcado cabalga triunfante en el caballo de aquel que lo quería ahorcar. Los judíos al borde de la masacre terminan también eliminando a sus enemigos, y sigue la lista...

Por eso es fantástico notar que el mismo pasuk de Devarim en que se nos obliga a borrar la memoria de Amalek (y en consecuencia de su descendiente Hamán), termina diciendo “¡no te olvides!”. ¿Cómo borrar algo para no olvidarlo? Sería esperable que si se borra, no se recuerde más.

¿Qué queda entonces por borrar? ¿Y por recordar?

¡Demasiadas preguntas a esta altura para tantas copas!



Tal vez tengamos bastante que agradecerle a Hamán, pues nos hace recordar mucho de aquello que no debemos olvidar. Cada tanto también pareciera que es aconsejable revolcarse en la propia basura para darse cuenta de que aún en lo más bajo puede hallarse la base de la cima más elevada.

Purim, finalmente, es también la fiesta que marca en Israel y en todo el hemisferio norte el cierre del invierno, y a la vez la que anuncia el principio de la primavera que viene acechando. Y es allí, en la primavera, donde se abre el mágico terreno de la máscara y el disfraz, porque el renacer de la naturaleza revela el milagro oculto de la irrefrenable vida, que aún cuando allí se hallaba, no se podía percibir.

La vida vuelve a nacer cuando lo oculto y lo manifiesto se entrecruzan y se develan. Cuando lo que era tan oscuro termina por aclarar.

Como lo dice la propia meguilá (**Ester 8:16**), “...laiehudim haita ora vesimja...”, “...para los judíos hubo luz y alegría...”

Que la haya para todos nosotros también en este **Purim**.